mente encorvada; y la pusieron recta, se restituye à su figura corva? Descartes recurre à su asylo comun de el impulso de la materia sutíl, la qual no pudiendo penetrar los poros de la vara por la parte por donde se angostaron con la inflexîon, con la fuerza que hace à ensancharlos para abrirse tránsito por ellos, mueve à la vara à recobrar su antigua figura. ¿Pero quién no vé que para esto es menester suponer que la materia sutíl se está moviendo siempre ácia todas partes con encontrados movimientos de Oriente à Poniente, y de Poniente à Oriente, de arriba abaxo, y de baxo arriba? &c. Pues la vara ácia qualquiera parte que se coloque con la cara por donde están los poros angostados, igualmente recobra la figura natural. Fuera de que suponiendo Descartes infinitamente fluída la materia sutíl, no puede haber poros angostos para ella.

75 Otros dicen que el mismo ímpetu, que imprime à la vara el que la dobla, es el que la desdobla despues. Pero contra esto está lo primero, que el que dobla la vara comunmente lo hace con un ímpetu remiso, y tardo; y el ímpetu que la desdobla despues es violento, y veloz. Lo segundo, que el flechero, que dobla el arco, no tiene fuerza igual à aquella con que éste se desdobla; la qual es tan grande, quando la cuerda se pone muy tirante, que pasa un cuerpo de parte à parte: ¿cómo puede dar la fuerza, ò impulso que no tiene?

76 Los Aristotélicos, bien hallados con la descansada invencion de dar nombre de qualidad, virtud, ò facultad à la causa que se inquiere, añadiéndole un adjetivo, que es denominacion tomada del efecto, dicen que la causa del movimiento elástico es la virtud elástica de la vara, ù del muelle. Esto verdaderamente es haber hallado la llave maestra para abrir todos los retiros de la naturaleza, porque no hay causa alguna tan oculta que con esta invencion no se manifieste. Si se pregunta quál es la causa de los maravillosos movimientos del Imán, se responde que la virtud magnética. Si se pregunta qué cau-

causas obran en nosotros la coccion de los alimentos, la expulsion de los excrementos, la nutricion, &c. se responde con una virtud concoctriz, otra virtud expultriz, otra nutritiva. Del mismo modo la causa de los vientos será una virtud ventífica, la del rayo una virtud fulminante, del fluxo, y refluxo del mar, dos virtudes encontradas, una fluxîva, y otra refluxîva. Con este baratísimo modo de filosofar todo está averiguado à la primera ojeada. Pero hablando de veras, esto ¿qué otra cosa es que responder con lo mismo que se pregunta? Decir que la causa del movimiento elástico es la virtud elástica, formalísimamente es decir que la causa del movimiento elástico es la causa del movimiento elástico. Decir que la virtud magnética es quien causa en el Imán la atraccion del yerro, es responder con aquella gracia que tienen estudiada algunos niños, los quales, si alguno les pregunta: *Muchacho, ¿de quién eres hijo?* Responden: *De mi padre.*

§. XIX.

77 EL movimiento de proyeccion envuelve tambien grandes dificultades. Es arduísimo de entender cómo en una piedra disparada de la mano subsiste el movimiento, cesando la accion del motór. ¿Quién mueve la piedra quando ya está parada la mano? Lo que dicen muchos Aristotélicos, que la mano produce en la piedra una qualidad que llaman ímpetu, y esta qualidad es quien mueve la piedra separada de la mano, carece de toda apariencia de verdad. Si todo movimiento violento proviene, como dicen los mismos Aristotélicos, de causa extrínseca, ¿cómo siendo el movimiento de la piedra arrojada ácia arriba violento, puede nacer de una qualidad intrínseca, ò inherente à la misma piedra? Si toda generacion, segun la misma Escuela, supone corrupcion, ¿qué qualidad, ò forma accidental se corrompió en la piedra para que se engendrase aquella nueva qualidad, que llaman ímpetu? ¿Qué disposiciones precedieron à esta generacion? ¿O qué tiempo hay para que precedan, quando

do un globo grande con su movimiento impele à otro pequeño, siendo cierto que solo un instante dura el contacto de los dos? ¿Qué contrario tiene aquella qualidad, que ocasione tan presto su corrupcion? ¿Acaso la gravedad de la misma piedra? Pero ésta, pues subsistia al tiempo de darla impulso, si es contrario de aquella qualidad, impediría entonces su generacion, como despues se dice que impide su conservacion. Otras muchas reflexîones se pueden hacer para probar que aquella qualidad es quimérica. Otros recurren al medio por donde se hace el movimiento, v. gr. el ayre, el qual dicen, que impelido por las partes anteriores de la piedra, se mueve en giro ácia las posteriores, y las impele. Pero (omitiendo otras muchas impugnaciones, que hacen totalmente improbable este modo de filosofar) de aqui se seguiria, que la piedra no se podria mover por un espacio vacío de todo cuerpo, por mas recio impulso que la diesen, lo qual pienso que nadie creerá. Descartes compone esta dificultad con su máxîma general de la ley de comunicacion del movimiento, establecida por el Autor de la naturaleza: la qual no combatirémos ahora por no detenernos. Solo notarémos, que aquella máxîma aplicada à la materia presente, y bien desentrañada, lo que directamente significa es, que la piedra arrojada se mueve, porque Dios quiere que se mueva: y para resolver de este modo la dificultad no es menester estudiar Filosofia.

§. XX.

78 EN fin, no hay movimiento alguno, sobre cuya causa no alterquen los Filósofos. ¡Qué contiendas no hay sobre explicar cómo se hacen los movimientos de rarefaccion, y condensacion! Unos quieren que la rarefaccion se haga ocupando la misma cantidad de materia, mayor espacio; lo qual teniendo otros por ininteligible (pienso que con razon), constituyen la rarefaccion en la disociacion de las partes del cuerpo, y mayor extension de poros, donde se introduce otro cuerpo

po mas líquido, ò sutíl, como en los poros de la esponja el agua, en los de la agua enrarecida el ayre, en los del ayre enrarecido la materia etérea, segun los Cartesianos, ò nada, segun Gasendistas, y Maignanistas: porque estos, como admiten en la naturaleza, no solo como posible, sino como exîstente, y preciso, el vacuo diseminado en pequeños intersticios, no hallan inconveniente en dexar en los cuerpos poros vacíos de toda materia.

79 La fermentacion, solemne instrumento de la naturaleza, para infinitas obras suyas, no consiste en otra cosa que en un movimiento intestino de las partículas insensibles de los mixtos, con que solícita nueva combinacion de sus elementos. ¿De dónde viene este movimiento? Los modernos despues que Otón Takenio descubrió el Acido, y Alkali, al encuentro de estas dos substancias atribuyen todas las fermentaciones. Pero esto solo es señalar la materia, en que se exercita el movimiento; y no preguntamos aqui por la causa material, sino por la eficiente. ¿Quién impele à esa lucha al Acido, y al Alkali? El mosto, recien exprimido de las ubas, tranquílo está por algun tiempo. Despues empieza à tumultuar. ¿Qué nuevo agente hay aqui, que concite las partículas de el mosto? Secreto es éste, con quien solo se han atrevido los Cartesianos, acudiendo à su invisible duende de la *Materia sutil*, à la qual hacen autora de aquella sedicion doméstica. Duende la he llamado con alguna propiedad; porque como los vulgares atribuyen al duende todos los movimientos, y estrépitos nocturnos, cuya causa ignoran, asi los Cartesianos reducen todos los movimientos de la naturaleza (que verdaderamente son nocturnos por las tinieblas que esconden sus causas) al impulso de la materia sutíl.

80 Yo estoy tan lexos de creer que la materia sutíl lo mueve todo, que me inclino mucho à pensar que nada mueve. El fundamento es el siguiente. Quanto una materia es mas fluida, tanto menos impulso imprime en los cuerpos que encuentra. Asi vemos que el agua hace mucho

cho menos violento choque en una pared, que qualquiera cuerpo sólido de igual mole; el ayre mucho menos que el agua. Ningun edificio resistiera à una mediana agitacion del viento, si fuese tan sólido como el agua el ayre. Luego siendo la materia sutíl infinitamente fluída, segun los Cartesianos, no puede imprimir impulso, ò movimiento alguno en los cuerpos que encuentra. Es clara esta conseqüencia; porque si à proporcion del aumento de la fluidéz se minora el impulso, llegando la fluidéz à infinita, el impulso se quita del todo. De aqui se sigue, que no habrá cuerpo alguno que no se esté inmobil à los embates de la materia sutíl.

81 Pero démosle la fuerza para mover las partículas insensibles de los mixtos, que pretenden los Cartesianos; ni por eso se logra con ella la explicacion del presente fenómeno. Lo primero, porque la materia sutíl exercita su impulso (si le tiene) en las partículas del mosto, desde el instante que este se exprime, y aun antes, quando el licor estaba contenido en el capullo de la uba. ¿Cómo, pues, desde antes no excita aquel tumulto, en que consiste la fermentacion? Lo segundo, ¿qué pueden conducir para este efecto los Acidos, y Alkalis? De qualesquiera partículas, que consten los mixtos, las pondrá en movimiento la materia sutíl; pues no hay mixto alguno impenetrable à su suma sutileza. Lo tercero, ¿cómo pueden atribuirse al rápido, y velóz movimiento de la materia sutíl aquellas tardísimas fermentaciones que necesitan para absolverse del curso de algunos años, como la de la Triaca?

§. XXI.

82 DIce discretamente San Agustin, que lo mas admirable no se admira quando lo toca muchas veces la experiencia: máxîma que el Santo aplica à las maravillas de la naturaleza, y viene derechamente à nuestro asunto. Todos los Filósofos admiran como cosas portentosas el vuelo del hierro al Imán, la direccion de el Imán al Polo, el fluxo, y refluxo del Océano. Si les preguntamos por qué tienen por admirables estos movimientos, nos responderán que porque no han podido averiguar sus causas. Veis aqui que esta respuesta es una virtual confesion, de que quantos movimientos hay en la naturaleza, son igualmente admirables que los del hierro, del imán, y del Océano, pues igualmente se disputan sus causas, porque igualmente se ignoran. La diferencia solo está en que estos movimientos son propios de determinados entes, y aquellos son comunes, ò casi comunes à todos.

83 Yo por mí confieso, que por qualquiera parte que miro à la naturaleza, igualmente la admíro, porque igualmente la ignóro. El mismo San Agustin, à quien acabamos de citar (*tract.* 24, *in Joan.*) tiene por igualmente prodigiosa aquella multiplicacion ordinaria de los granos, que mediante la fecundidad de la tierra se logra en las mieses, que aquella extraordinaria multiplicacion de panes, y peces, que en el Desierto hizo la magestad de Christo. Venga ahora el Filósofo jactancioso à vendernos que tiene descifrado aquel gran mysterio, solo porque trae un aderezo completo de voces facultativas: *Virtud seminal*, *Disposiciones previas*, *Corrupcion de una forma*, *introduccion de otra*, *Atraccion del jugo nutricio*, *Conversion de él en la propia substancia*, *Vegetacion*, *Nutricion*, *&c.* ¿Ignoraba por ventura Agustino estas voces, ù otras equivalentes? Sin embargo, tenia por un mysterio impenetrable aquella multiplicacion natural del grano. Dichas voces solo significan aquellas operaciones, que están patentes à nuestra experiencia, sin revelar sus causas, ò el modo con que se hacen. Los rústicos saben muchas mas voces que nosotros, significativas de las varias operaciones con que la naturaleza succesivamente va perfeccionando aquella obra. ¿Son por eso unos grandes Filósofos? ¿Qué lógro yo con llamar vegetacion, ò nutricion aquella operacion con que una planta logra su aumento? ¿Esto me da algun conocimiento filosófico del modo con que se hace aquella operacion? Dos cosas se pueden considerar en la vegetacion: la primera, el ascenso del jugo nutricio por las

las fibras de la planta: la segunda, la conversion de este mismo jugo en la substancia vegetable; y veis aqui en estas dos cosas dos grandes mysterios. Si preguntamos à los Filósofos de la Escuela, cómo el jugo nutricio, siendo grave, espontaneamente sube hasta la cúpula de los árboles mas altos; nos dicen, que sube por atraccion. Y esto ¿qué otra cosa es, que colocarnos en la comunísima obra de la vegetacion toda la dificultad, que tiene el movimiento del hierro al imán? Una, y otra llamamos atraccion, è igualmente ignoramos por qué las hojas mas altas de un arbol atraen el jugo, que está en las entrañas de la tierra, que por qué el imán atrae al hierro.

84 Vamos al segundo mysterio. ¿Quién me explicará el modo con que un jugo sumamente fluido, sutíl, y delicado, quanto es menester para transcolarse por los angostísimos canales de las fibras, se convierte en la solidéz de leño, de grano, &c.? Crece la dificultad, si volviendo los ojos à otros mixtos, se advierte, que de otro jugo, ò vapor fluidísimo se forman tambien los bronces, y los mármoles. Cierto que dixo Aristóteles con algun fundamento, que la naturaleza es demonia: *Natura dœmonia est*; *non divina* (*lib. de Præsens. per somnum*); pues mirando con atencion sus obras, todo parece que lo hace por via de encanto.

§. XXII.

85 AUN fuera algun consuelo de nuestra ignorancia, si solo se nos escondiese el modo con que la naturaleza obra allá en lo interior de los cuerpos. Lo mas sensible es, que lo propio nos sucede con todo aquello que inmediatamente presenta à nuestros sentidos. Estamos palpando el cuerpo *Quanto*; pero hasta ahora no sabemos si se compone de puntos indivisibles, ù de partes infinitamente divisibles, ni en qué consiste ser un cuerpo duro, ò blando, sólido, ò fluido, opáco, ò diáfano. Estamos viendo los colores, y hasta ahora no sabemos qué cosa son los colores; si unas meras reflexîones de la luz, ò accidentes intrínsecos del objeto. La luz nos alumbra para ver, y

y es obscurísima respecto de nuestro discurso la naturaleza de la luz. Que la concibamos substancia, que accidente, que cuerpo, que espiritu, nada la asienta bien, y todo parece que la asienta. ¿Y de quántas dificultades impenetrables están rodeadas las especies que llamamos visibles? Si hay desigualdad entre los mysterios de la Filosofia, atrévome à decir que éste es el mas alto de todos. ¿Cómo la especie visible de una Estrella del Firmamento en un instante se traslada desde la misma Estrella à nuestros ojos, caminando en ese instante muchos millones de leguas? ¿Cómo esa especie exîste à un tiempo en todo el inmenso espacio que hay de aqui al Firmamento, siendo cierto que en todo este espacio no hay punto alguno, en el qual, colocada la vista, no perciba la Estrella? ¿Cómo siendo materiales esas especies exîsten muchas, solo distintas en número, contra la máxîma comun Aristotélica, en un mismo punto del espacio; pues es cierto, que de un mismo punto se ven distintamente muchas Estrellas? Omito las dificultades que hay contra el modo de discurrir de los modernos, que no son inferiores à las propuestas contra la sentencia comun.

§. XXIII.

86 DE modo, que nuestra Filosofia no es otra cosa que un texido de falibles conjeturas, desde los que llamamos primeros principios hasta las últimas conclusiones. Y aun estas conjeturas se terminan en ciertas nociones universales; porque todas las naturalezas específicas, y aun las mas de las razones genéricas ínfimas están tan lexos de nuestro conocimiento, que ni aun las tocamos con la duda. Si alguna verdad alcanzamos, ò la debemos à la experiencia, y éste ya no es conocimiento científico, ò es tan *per se nota*, que la perciben aun los hombres mas estúpidos; con sola la diferencia, de que nosotros, los que nos llamamos Filósofos, la explicamos con voces facultativas, y ellos con términos vulgares, que son mejores, porque son mas inte-

teligibles. Por eso dixo el muy sabio Jesuita Claudio Francisco Dechales, que nuestra Física nada contiene, sino un idioma particular, el qual no da conocimiento cierto de cosa alguna (tom. 1, tract. de Progressu Matheseos).

87 ¡Triste cosa es, que los que se llaman Profesores de Filosofia en las Escuelas, no sepan mas de las naturalezas de las cosas que los vulgares! ¿Pero qué sería, si yo dixese ahora que aun saben menos? Pareceria una extravagante Paradoxa. Sin embargo, es una proposicion verdaderísima, y de facil prueba; porque la experiencia es, como hemos dicho, el único conducto para saber algo de la naturaleza; y solo experimentan la naturaleza los que en varios ministerios mecánicos manejan varios entes naturales; no los que divertidos en especulaciones, viven retirados en las Escuelas. El Pescador sabrá algo de las propiedades de los peces; el Piloto de los vientos, y los Mares; el Cazador de las aves, y las fieras; el Labrador de la generacion, y aumento de las plantas. Pero el Filósofo ¿qué sabe? Dudar de todo, y nada mas. Asi que la Aula de la Física es un Teatro, donde solo se enseña à dudar sin término. Digo *sin término*, porque nunca llega el caso de pasar de la duda à la certeza. Vese esto claro, en que las mismas qüestiones, que se disputaban doscientos años ha, se disputan hoy con la misma fuerza que entonces. Si algun desengaño, ò conocimiento cierto se ha adquirido en orden à uno, ù otro teoréma fisico, no nació en el Aula; vino de afuera à beneficio de la experiencia. Si se sabe hoy que el ayre es pesado, gracias à los experimentos de Torriceli, Monsieur Pascal, Oton Guerrico, y Boyle. Si se asegura que la sangre circúla por venas, y arterias, lo debemos à las observaciones Anatómicas de Fr. Pedro Pablo de Sarpi, y de Guillelmo Harvéo. Si consta que el chilo no va al hígado, sino al corazon, ¿quién averiguó esta verdad sino la oficiosa práctica de Juan Pequeto, Tomás Bartolino, y el Inglés Lowero? La experiencia ha sido el unico Juez árbitro que ha terminado algunas lides, ò desterrado algunos errores de las Aulas. Donde todo se dexa à la especulacion, y al raciocínio, siempre el pleyto está pendiente. Pasa un siglo, y otro siglo oyéndose los mismos gritos, los mismos argumentos, las mismas distinciones; y el tesón de las partes contendientes se va transfiriendo, como por succesion hereditaria, de unos en otros profesores, sin que haya esperanza, ni de victoria, ni de ajuste.

§. XXIV.

88 DE esta conocida ignorancia nuestra podemos deducir una reflexîon muy util para observar constantes la sujecion debida à los sagrados Dogmas de la Fe. El mayor enemigo de la Religion es la desordenada confianza de la razon. El que llega à apreciar nimiamente su propio discurso, tiene puesta su creencia sobre el borde del precipicio. En quantos Heresiarcas huvo hasta ahora, fue trascendente esta vanidad. En los demás vicios fueron desemejantes: en éste todos acordes. Ni todos fueron lascivos, ni todos avarientos, ni todos ambiciosos; pero todos presumieron mucho de su discurso. ¿Y qué antídoto mas eficáz contra esta altivéz loca, que la reflexîon de lo poco, ò nada que alcanzamos en materias de Filosofia? Quien conoce que no puede penetrar los mysterios de la Naturaleza, ¿cómo presumirá sondear los de la Gracia? Necesariamente desconfiando de su razon, se rendirá obsequioso à la autoridad. El Filósofo Anaxâgoras, à quien por su extraordinaria sutileza antonomásticamente llamó *Mente*, *ò Espíritu* la antigüedad, despues de trabajar infinito en la Filosofia, decia, que la naturaleza toda estaba circundada de tinieblas: *Anaxagoras pronuntiat circumfussa esse tenebris omnia* (Lact. lib. 3, Divin. Instit. cap. 28.) Y nóto que este Filósofo, que conocia impenetrable à su discurso la naturaleza, fue (si creemos à Aristóteles, Laercio, y Plutarco) el primero entre los Filósofos, que conoció la indispensable necesidad de una Inteligencia suprema autora de todo. Al contrario, los que jactanciosos se lisonjea-

jearon de descubrir à la naturaleza todos sus fondos, negaron por la mayor parte, ò la exîstencia, ò la providencia à la Deidad.

89 Lo que de mí puedo asegurar es, que despues de la Gracia Divina, la arma mas valiente, que siempre he tenido para vencer todas aquellas dificultades, que la razon natural propone contra los Mysterios de la Fé, ha sido el conocimiento de mi ignorancia en las cosas naturales. ¡Válgame Dios! (digo muchas veces ácia mí) ¿cómo he de entender aquellas maravillas, que usando de su poder extraordinario, obra la mano Omnipotente, si no alcanzo los efectos comunes de su poder ordinario? Es verdad que ignóro cómo una Persona Divina pudo unirse à la naturaleza humana. Pero tambien ignóro cómo una alma espiritual se puede unir al cuerpo material. Sin embargo, esto es cosa de hecho, y pasa dentro de mí mismo. No percibo cómo el pan puede convertirse en el Cuerpo, y el vino en la Sangre de Christo. Pero tampoco percibo cómo una misma agua, que cae del Cielo, se convierte no en uno, ù otro cuerpo, sino en quantos cuerpos animales, y vegetables hay acá abaxo. En la controversia mas plausible de la Teología me hállo sumamente embarazado; porque si me pongo de parte de la Providencia, me oprimen los terribles argumentos, que hay à favor de la libertad; si me pongo de parte de la libertad, me hacen cruda guerra los argumentos que hay à favor de la Providencia. ¿Pero no estoy viendo esto mismo, y aun con mas aprieto, en la vulgar controversia filosófica de la composicion del Continuo, donde qualquiera sentencia, que se lleve, no se halla otra respuesta à los argumentos contrarios, sino enredar la disputa con voces? ¿Donde si defiendo con Aristóteles la infinita divisibilidad del Continuo, no puedo escaparme de conceder en mi mente (aunque no lo haga con la boca, por no darme por concluido) infinito número de partes? ¿y si con Zenón le compongo de indivisibles, me dexan, no solo sin respuesta, pero aun sin aliento los argumentos ma-

matemáticos, que se forman en la diagonal del quadrado, en el movimiento de las dos ruedas concéntricas unidas, y otros?

90 Si en estas cosas naturales (digo otra vez), que están patentes à mis ojos, y estoy palpando con mis manos, ocurren mil dificultades insuperables à mi entendimiento, ¿con quánta mas razon deberá suceder lo mismo en las sobrenaturales, que están totalmente fuera de la esfera de los sentidos? Si por mas que discurra, no percibo, cómo puede Dios hacer infinitas cosas, las quales veo, que está haciendo cada dia, ¿no será locura negar, y aun dudar la exîstencia de las cosas reveladas, solo porque no percibo cómo Dios las pudo hacer? Si hubiese un hombre, que no viendo por la cortedad de su vista los objetos que tiene muy cerca de sí, pretendiese ver los que distan millares de leguas de sus ojos, è infiriese que tales objetos no exîsten, solo porque él no los ve, ¿no le declararian todos por fatuo? Esta es puntualmente la locura de los que niegan los mysterios revelados, solo porque ellos no los alcanzan. Hombrecillo torpe, y rudo, si à la cortedad de tu discurso es totalmente impenetrable la fábrica de estos materiales compuestos, que estás tocando todos los instantes, ¿cómo quieres comprehender el modo inefable con que la Omnipotencia hizo aquellas sobrenaturales maravillas? Dirásme que no hallas solucion à los argumentos, que el Gentil te propone contra el mysterio de la Trinidad, ò contra el de la Encarnacion. Y yo te repongo, que tampoco la hallas à los que te propone el Filósofo contra la composicion del Continuo, qualquiera sentencia que lleves en esta materia. ¿Concederás por eso, que el Continuo no se compone, ni de partes divisibles, ni de indivisibles? Ya se ve que no. Pues igual, y aun mayor delirio será negar la verdad de aquellos mysterios, solo porque tú no puedes desatar las objeciones. ¡Bueno fuera que un poder infinito se conmensurase à tu limitada comprehension; ò que Dios no pudiese obrar, sino lo que tú puedes entender!

91 Ningun Aquilón tan prontamente disipa las nubes que escondian la luz del Sol, como estas reflexîones serenan las dudas, que la razon natural opone à los mysterios de la Fe. Dexen, pues, los presuntuosos Dogmáticos de morder el Scepticismo, como mal avenido con la Religion. Digo el Scepticismo contraído precisamente à los términos de la Física; pues éste, bien lexos de perjudicar à la creencia, contribuye à hacerla mas firme, removiendo el estorvo que la presuncion de la razon natural pone à la humilde docilidad, tan necesaria para tener al entendimiento en la sujecion debida à la revelacion.

92 Ocasionan grave daño, no solo à la Filosofia, mas aun à la Iglesia estos hombres, que temerariamente procuran interesar la doctrina revelada en sus particulares sentencias filosóficas. De esto se asen los Hereges para calumniarnos de que hacemos artículos de Fe de las opiniones de la Filosofia; y con este arte persuaden à los suyos ardua, y odiosa nuestra creencia. En esto se fundan algunos Estrangeros, quando dicen que en España patrocinamos con la Religion el idiotismo. Poco hà que escribió uno, que son menos libres las opiniones en España, que los cuerpos en Turquía. Para que se guarde el respeto debido à lo sagrado, es menester no confundirlo con lo profano. Si alguno erigiese las habitaciones todas en Templos, sería autor de que à los Templos se perdiese la reverencia, y el decoro. Jueces tiene la Iglesia para calificar quáles doctrinas son útiles, quáles perniciosas, y quáles indiferentes. Déxese à ellos la decision, y no sean perturbados los que sincéramente buscan la verdad con estos espantajos, que les opone la parcialidad, y la faccion; tal vez la ira de los que dieron su nombre à alguna particular Escuela, ò la embidia de los que no pueden adelantar tanto.

§. XXV.

93 YA que hemos mostrado que no hay ciencia alguna fisica, ò conocimiento demostrativo de las cosas naturales, se puede dudar, si por lo menos le pue-

puede haber. El doctísimo Valles resuelve que no, porque el conocimiento fisico es de singulares, y de los singulares no se da ciencia. Pero este fundamento ya arriba mostramos que es insuficiente.

94 Mas fuerza pueden hacer dos autoridades del Eclesiastés, que alegan à su favor los Scépticos. La primera del capítulo 3: *Cuncta fecit bona in tempore suo, & mundum tradidit disputationi eorum, ut non inveniat homo opus, quod operatus est Deus ab initio usque ad finem.* La segunda, aun mas formal, y precisa del capítulo 8: *Et intellexi, quod omnium operum Dei nullum possit homo invenire rationem eorum, quæ fiunt sub Sole: & quantò plus laboraverit ad quærendum, tantò minus inveniat, etiamsi dixerit sapiens, se nosse, non poterit reperire.* Mas à la verdad estos Textos, quando afirman la imposibilidad de hallar la razon de los efectos naturales, pueden ser entendidos de la razon providencial, no de la natural, y fisica. De hecho, asi lo entienden algunos Padres, y Expositores.

95 Otros arguyen por la parte contraria, que el apetito de saber las causas de los efectos naturales es natural al hombre, ò índito por la misma naturaleza; y no pudiendo el apetito natural terminarse à cosa imposible, se sigue que es posible conseguir la ciencia de que hablamos. A este argumento responde Valles, que es absolutamente posible; pero no en la vida presente, sino en la venidera; en la qual los Bienaventurados verán en Dios clarísimamente todas las cosas. Esta solucion tiene sobre sí la dificultad, de que asi como el apetito natural no puede terminarse à objeto imposible, tampoco puede terminarse à objeto sobrenatural; y la ciencia, que los Bienaventurados tienen de las cosas naturales, es entitativamente sobrenatural; porque depende efectivamente del lumbre de gloria. Con todo se puede decir que à la alma separada del cuerpo, prescindiendo de la bienaventuranza sobrenatural, y del lumbre de gloria, le es debido el conocimiento cierto de todas las cosas materiales, por especies infusas del orden natural, como sienten Egydio Romano, el

el Padre Suarez, y otros; y siendo este conocimiento natural, puede ser objeto del apetito natural de ciencia que hay en esta vida mortal.

96 Empero, no dexarémos de notar aqui que aquel argumento no necesita de esta solucion, por quanto procede sobre un falso supuesto, no advertido por Valles: y es, que el apetito de conocer filosóficamente las cosas, sea natural, ò índito al hombre por la naturaleza. Si lo fuese, todos los hombres tendrian este apetito, lo qual no sucede; antes los mas no tienen inclinacion alguna à la Física; y muchos desprecian como inutil, vana, y nada deleytable la aplicacion à las especulaciones filosóficas. Es verdad que todos los hombres desean saber; pero este apetito no se termina en todos à un mismo objeto, ò à una misma clase de objetos. Las almas generosas aman generalmente la verdad. Pero los mas de los hombres solo ansían saber aquellas cosas, cuyo conocimiento puede contribuir à la satisfaccion de sus pasiones.

97 Hemos visto la poca fuerza de los argumentos, que por una, y otra parte se forman en la duda insinuada. Por lo qual yo no me atrevo à dar la sentencia. Ni yo sé, ni nadie puede saber, sin revelacion, los límites justos del entendimiento humano en orden à las cosas naturales. Aunque hasta ahora los varios systemas filosóficos, que se han inventado, padézcan, ò grandes dudas, ò declaradas nulidades, ¿quién sabe si en adelante puede descubrirse alguno tan cabal, tan bien fundado, que convenza de su verdad al entendimiento? Lo que creo es, que si esto se puede lograr, es mas verosimil conseguirse usando del método, y órgano de Bacon. Bien es verdad, que éste es tan laborioso, y prolixo, que casi se debe reputar moralmente imposible su execucion; pues es por lo menos preciso que los Monarcas de un poderosísimo Reyno (v. gr. el de Francia), por espacio de mas de cien años, aplicando à este fin grandes tesoros, hagan trabajar en inumerables experimentos, y en razonar sobre ellos, con distincion de varias clases, y empleos, aun-

aunque todos subordinados debaxo de planta arreglada, à mas de quatrocientos hombres hábiles. ¿Quándo se logrará esto? La Academia Real de las Ciencias de París, la Sociedad Régia de Londres, no son mas que un rasguño del gran proyecto de Bacon.

LA VERDAD VINDICADA
CONTRA
LA MEDICINA VINDICADA.

Respuesta apologética, traducida del Latin en Castellano, y añadida por el Autor.

PROEMIO DE LA TRADUCCION.

BIEN quisiera no tener ya mas qüestiones con los Médicos, por haber experimentado que en este gremio los que menos saben, saben cierto secreto para hacerse respetar; mas no puedo escusarme de cumplir la promesa que hice en el segundo Tomo, de dar en el tercero la traduccion de esta Apología: en la qual solo tengo que advertir, que como Autor del escrito, usé de la licencia que tengo, y es negada à los meros Traductores, para omitir algo, que me pareció poder escusarse, y añadir en su lugar algo que juzgué mas util.

TRADUCCION.

§. I.

1 NAda he deseado mas ardientemente, desde que en el primer Tomo del Teatro Crítico manifesté, à los que la ignoraban, la incertidumbre de la Medi-